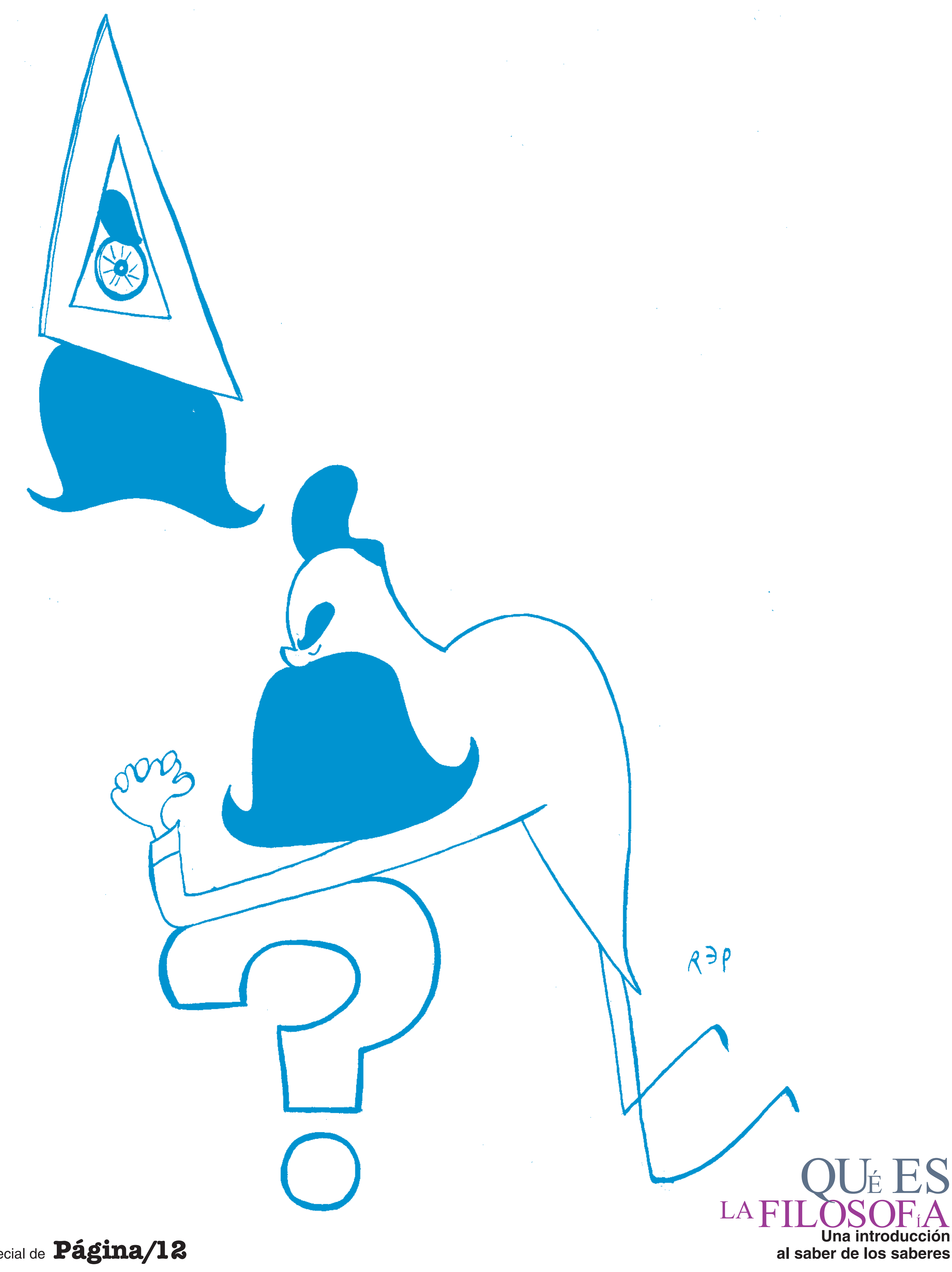
JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

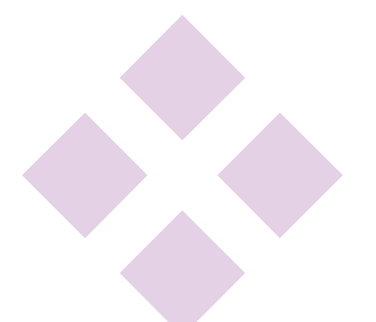
CLASE N° 17

NIETZSCHE, "DIOS HA MUERTO"



QUÉ ES LA FILOSOFÍA
Una introducción al saber de los saberes

Suplemento especial de Página/12



En 1882, en el tercer libro de *La gaya ciencia*, Nietzsche, por primera vez, arroja sobre nosotros la frase *Dios ha muerto*. Esta idea lo perseguía desde tiempo atrás. Ya en la época en que trabajaba los apuntes del que sería su primer libro, *El origen de la tragedia* (1871), escribe: "Creo en las palabras de los primitivos germanos: todos los dioses tienen que morir" (Heidegger, *Caminos de bosque*, ed. cit., p. 194). También Heidegger cita un conocido texto del joven Hegel, *Fe y saber* (1802, cinco años antes de la *Fenomenología del espíritu*), en que dice: El "sentimiento sobre el que reposa la religión de la nueva época es el de que Dios mismo ha muerto" (Heidegger, *Ibid.*, p. 194). Heidegger añade un ejemplo de Pascal. Pero podríamos señalar que el intento de Feuerbach, en *La esencia del cristianismo*, donde decreta que el hombre es el ser supremo para el hombre y que Dios no ha creado al hombre sino el hombre a Dios, no deja muy saludable al Supremo Creador, de quien Marx dirá que creer en Su reino, el de los Cielos, es el opio de los pueblos. Digamos que el siglo XIX, el siglo de la historia, el siglo del Progreso y el de la Ciencia, se vio tentado a mirar al Cielo antes para averiguar si llovería que para buscar a Dios. Y quienes lo buscaron, Kierkegaard, Dostoyevsky, lo hicieron en medio de la angustia, la desesperación. Esto marca al siglo con las características del nihilismo, palabra cuya paternidad es costumbre atribuir al novelista ruso Iván Turgeniev (1818-1883) en su obra *Padres e hijos* (Ver: Franco Volpi, *El nihilismo*, Biblos, Buenos Aires, 2005, p. 19).

Pero quien habrá de llevar más lejos la cuestión, quien habrá de hacer de ella uno de los dos o tres conceptos centrales de su filosofía, y, sin duda, el que los resume a todos, es Nietzsche. La formulación aparece en un célebre parágrafo de *La gaya ciencia*, titulado *El loco*, que Heidegger cita casi completamente y del que nosotros daremos sus pasajes esenciales. "¿No habéis oído hablar de ese loco que encendió un farol en pleno día y corrió al mercado gritando sin cesar: '¡Busco a Dios!, ¡Busco a Dios!'? Como precisamente estaban allí reunidos muchos que no creían en Dios, sus gritos provocaron enormes risotadas. '¿Es que se te ha perdido?', decía uno. '¿Se ha perdido como un niño pequeño?', decía otro. '¿O se ha escondido?' '¿Tiene miedo de nosotros?' '¿Se habrá embarcado?' '¿Habrá emigrado?' (...) El loco saltó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. '¿Que a dónde se ha ido Dios? –exclamó–, os lo voy a decir. *Lo hemos matado*: vosotros y yo. Todos somos sus asesinos. Pero, ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo hemos podido bebernos el mar?'" (*Ibid.*, p. 195). Más adelante, el loco se vuelve intolerablemente incisivo: "Lo más sagrado y poderoso que poseía hasta ahora el mundo se ha desangrado bajo nuestros cuchillos. ¿Quién nos lavará esa sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos?" (*Ibid.*, p. 195). Y quiero destacar el siguiente texto: "¿No es la grandeza de este acto demasiado grande para nosotros? ¿No tendremos que volvernos nosotros mismos dioses para parecer dignos de ellos?" (*Ibid.*, p. 195).

¿QUÉ ES LO QUE MUERE CON DIOS?

Notemos que Nietzsche pone la nueva de la muerte de Dios en la persona de un *loco*, figura que, para su terrible sufrimiento, él habría de encarnar. Heidegger, incluso, lo hemos visto, dice que siempre se puede dudar de un filósofo que al final se volvió loco. Podríamos, entonces, dudar del loco nietzscheano. O dudar de Heidegger formulando su propia frase del siguiente modo: "Siempre se puede dudar de un filósofo que al principio se volvió nazi y, que se sepa, jamás cambió de idea". Estas cuestiones (que menciono aquí porque son de difícil solución) tienen que ver con los avatares personales de los filósofos y sus filosofías. Con Nietzsche creo que hicimos cierta aproximación al tema cuando tomamos el texto, de *Más allá del bien y del mal*, sobre el *sufrimiento*, y destacamos que, según Nietzsche, el sufrimiento aísla y concluimos de ahí la elección, por parte del filósofo, de la figura del aristócrata como aquel que opta por el aislamiento. Ser un aristócrata es aislarse, pertenecer a un grupo de pocos, no a la plebe, a la masa, a la mayoría, a quienes jamás rozará la distinción, la *diferencia* feroz de la locura. En cuanto a Heidegger, el mundo filosófico sigue discutiendo esa cuestión (su nacionalsocialismo) y nosotros la abordaremos con la debida expansividad cuando nos concentremos en él.

¿Qué es, para Nietzsche, lo que muere con Dios? Nietzsche se refiere al dios cristiano. Y, según Heidegger, cuando Nietzsche habla de "cristianismo" no se refiere a "la vida cristiana que tuvo lugar una vez durante un breve espacio de tiempo antes de la redacción de los Evangelios y de la propaganda misionera de Pablo" (*Ibid.*, p. 199). No podemos estar demasiado seguros de esta interpretación de Heidegger. Sin duda, la condena de Nietzsche será más dura y definitiva cuando caiga sobre la Iglesia como Estado eclesiástico. Como Estado histórico, con ansias de poder, con expansión dominadora sobre la humanidad de Occidente y su cultura. De acuerdo y –claro– Nietzsche no se equivoca. Todos sabemos que ahí reside el extravío más profundo de las virtudes de los primitivos cristianos, ¿pero no estaban ya presentes en estas "virtudes" los valores que Nietzsche despreciará, la compasión, la piedad?

Insistamos con la cuestión: *¿qué es lo que muere con Dios?* Lo que muere con Dios es –para nuestro loco de Turín– el *mundo suprasensible*. Hemos visto esta cuestión de lo sensible y lo suprasensible en nuestras primeras clases. Repasen sobre todo nuestra clase sobre *Heráclito y Parménides*. En ellos, no había separación entre un mundo sensible y un mundo suprasensible porque estaban abiertos al des-ocultamiento del Ser. Estaban en estado de abierto. No dividían lo que era sino que se abrían para recibirlo. Esta es una interpretación de Heidegger pero podemos acompañarlo en ella. Servirá para nuestros propósitos. Escribe el genial autor de *Ser y tiempo* (ya que, ninguna duda cabe, Heidegger *es* y *será* el genial autor de *Ser y tiempo*, de aquí que todo, con él, sea tan complejo al meterse uno con sus avatares personales): "Dios y el dios cristiano se usan en el pensamiento de Nietzsche para designar al mundo suprasensible (...) Este ámbito de lo suprasensible pasa por ser, desde Platón, o, mejor dicho, desde la interpretación de la filosofía llevada a cabo por el helenismo y el cristianismo, el único mundo verdadero y efectivamente real" (*Ibid.*, p. 196). Frente a este mundo, o, con mayor propiedad, bajo este mundo (sólo podría estar abajo, pues el otro es *supra-sensible*) se halla el mundo sensible. Este mundo es cambiante, no es el mundo de las ideas platónicas, el mundo de las verdades eternas, inmóviles, sino un mundo meramente aparente, irreal. Observemos la osadía del esquema (que conocemos más que bien): lo tangible, lo que vemos, es irreal, es aparente. Lo verdadero, lo bueno y lo bello está por encima de este mundo de sensaciones y certezas sensibles, el punto más bajo del conocimiento. "El mundo del más acá", dice Heidegger, "es el valle de lágrimas en oposición a la montaña de la eterna beatitud del más allá. Si, como ocurre todavía en Kant, llamamos al mundo sensible 'mundo físico' entonces el mundo suprasensible es el mundo metafísico" (*Ibid.*, p. 196). A este mundo metafísico habrá de agredir Nietzsche con la frase "Dios ha muerto". Han muerto los valores suprasensibles, ha muerto el mundo del platonismo que ha dominado a la filosofía occidental. "Nietzsche", dice Heidegger, "comprende su propia filosofía como una reacción contra la metafísica, lo que para él quiere decir, contra el platonismo" (*Ibid.*, p. 196). La palabra "reacción" no tiene la fuerza que Nietzsche pretende. Heidegger ya la usa con miras a sus propios propósitos. Nietzsche no "reacciona" contra la metafísica: Nietzsche quiere destruirla, ejercer sobre ella la forma más extrema del nihilismo. Quiere –atención a esto– nihilizar el mundo de lo suprasensible porque éste, a su vez, nihiliza el mundo de lo sensible, que será, para Nietzsche, el mundo de la vida, en el que fundamentará su filosofía de la voluntad de poder. Pero no nos adelantemos. Quien se adelanta es Heidegger, que ya nos confiesa el propósito de su investigación: "Sin embargo, como mera reacción, permanece implicada en la esencia de aquello contra lo que lucha, como les sucede a todos los movimientos contra algo" (*Ibid.*, pp. 196/197).

Si cae, entonces, la certeza de Dios como lo vinculante, como aquello que da un sentido a todo lo que existe vinculándolo, ya no queda nada para el hombre. De aquí que el "loco" del relato de Nietzsche pregunte: "¿No erramos a través de una nada infinita?" Más aún: la fórmula "Dios ha muerto" es la constatación de que "esa nada se extiende". Reservemos esta idea: *la nada se extiende. "Nada* (dice Heidegger) significa aquí ausencia de mundo suprasensible y vinculante. El nihilismo, 'el más inquietante de los huéspedes', se encuentra ante la puerta" (*Ibid.*, p. 197).

LATERALIDAD: "EL DESIERTO CRECE"

Cuando Nietzsche se pregunta qué cantarían los poetas sin el exceso de vida de los guerreros, está lamentando la ausencia de guerreros en el mundo que lo rodea. Ya no hay guerreros. Las pulsiones del hombre gregario son débiles, agonizan. Nada grande puede surgir de allí. Ningún poeta cantará algo inspirado por esa ausencia de vida. Donde la voz de los poetas enmudece es porque la vida se ha extinguido. A esta época Nietzsche le da el nombre de *décadence*. Ríos define así este concepto: "Decaímiento histórico de las potencias del cuerpo orgánico, afectivo y pulsional" (Ríos, *Ibid.*, p. 117). El hombre de la décadence es el décadent. Gregario y mundano, lector de periódicos, burgués de una burguesía urbana y sin grandeza, indiferente, apático, utilitarista, hombre de pulsiones adormecidas, es éste el hombre al que Nietzsche lamenta no temerle. ¿Cómo temerles a los hombres si los hombres se han hundido en la décadence? Hemos oído a Nietzsche clamar su deseo de volver a temer a los hombres. Lo hemos visto desear el retorno de los guerreros. No, el décadent sólo exhibe el adormecimiento de la verdadera vida.

Es ante este mundo, el mundo de la décadence y el mundo de los décadent, que Nietzsche ve, horrorizado, o, a veces, asqueado, el avance de un nihilismo pasivo, de una nada indiferente, de una nada apática y miserable, gregaria y burguesa que se extiende. A esta "nada" le dice "desierto". "El desierto crece", se lee en el *Zaratustra* (*Ibid.*, p. 309). Y en uno de sus poemas, que han sido escasos, escribe: "Crece el desierto ("Die Wüste wächst"): ¡ay de quien desiertos alberga!/ La piedra rechina junto a la piedra, el desierto serpentea y extermina (Friedrich Nietzsche, *Poemas*, Hiperión, Madrid, 2005, p. 85). Este desierto serpentea y, al hacerlo, extermina; esta nada se extiende, pero esta nada es la nada de la abulia y la indiferencia. Puede, también, ser otra. Hay una nada *activa*. Hay un nihilismo activo. A diferencia del *pasivo*, éste se encarna en una voluntad de poder. Pero esta voluntad es sólo destructiva, únicamente destructiva. Una voluntad de poder "incapaz de crear nuevos valores"(Ríos, *Ibid.*, p. 120) Si aceptamos con los más gozosos nietzscheanos, con quienes más lo admiran y veneran (¿y cómo no habríamos de admirar nosotros zonas enteras de la obra del genio loco de Turín?), que Nietzsche fue el filósofo del *porvenir*, el que vio a través de las décadas las miserias por venir, veríamos a nuestro mundo de hoy, a nuestro presente histórico como encarnación del *nihilismo activo*. "El desierto crece" sería, entonces, la perversión de la voluntad de poder, su faz destructiva, que no crea valores, que sólo nihiliza, disemina la

nada, la siembra, la esparce por toda la tierra y la tierra se vuelve desierto, y el desierto (como lo decía Roberto Arlt) entra en las ciudades, y el sinsentido avanza, *la nada se extiende*. Escribe Ríos, casi cerrando su libro: "En la sociedad-*Kleenex* contemporánea donde todo o casi todo es descartable e instrumental, donde todo o casi todo se ha vuelto fascinante y frívolamente superficial, consumista y 'massmediático', individualista y uniforme (...) la voz de Nietzsche –de escucharse, lo cual no es seguro– o bien provoca náuseas o bien risas. ¿Quién podría creer que esta sociedad-*Kleenex*, tan liberal y tolerante, tan abarrotada de mercancías bellas y suntuosas, tan informada y abierta, tan modélica y ambicionada por amplias masas empobrecidas en la periferia interna y externa de sus megápolis globalizadas, tan asediada de enfermedades virales y horrores subhumanos, es la vanguardia del nihilismo activo, la más titánica construcción sinérgica de nihilismos, la voluntad de poder más carente de sentido jamás vista?" (Ríos, *Ibid.*, pp. 115/116). Si el *nihilismo pasivo* nihiliza adormeciendo, si es apático y decadente, si nihiliza por su pasividad, su indiferencia, es porque carece de voluntad de poder. Pero lo devastador del *nihilismo activo* es que lo anima una voluntad de poder que, lejos de crear valores, destruye, nadifica, es activa, es, si se quiere, guerrera, pero su guerra es la de la mera destrucción, la guerra de la nada, la guerra que deja desiertos a su paso, las guerras insensatas del nuevo siglo.

EL NIHILISMO INCOMPLETO

Lo poderoso, lo abarcante de la frase "Dios ha muerto" es que no se limita a señalar sólo la muerte de Dios, sino la muerte de todos aquellos valores que han venido a sustituirlo. Estos valores se presentan también como absolutos, buenos y verdaderos. No eliminan el ámbito de lo suprasensible en que Dios estaba ubicado sino que se instalan ahí, reemplazándolo. A esto lo llamará Nietzsche "nihilismo incompleto". Se eliminan los valores de lo suprasensible, pero no el ámbito. Los nuevos valores se ponen en ese mismo ámbito. Siempre hay un arriba y un abajo. "En el lugar de la desaparecida autoridad de Dios y de la doctrina de la Iglesia (escribe Heidegger), aparece la autoridad de la conciencia, asoma la autoridad de la razón" (*Ibid.*, p. 199). Hemos visto esto: dijimos que Descartes mataba a Dios y ponía al cogito en su lugar. El cogito aparecía como lo vinculante: todo se refiere a él, es el punto de vista absoluto, indiscutido, es el valor y la verdad. Luego, con Kant y los iluministas, lo que se pone en el ámbito de lo suprasensible es la Razón. Y se sigue así. Contra la razón "se alza el instinto social. La huida de la razón hacia el mundo suprasensible es sustituida por el progreso histórico. La meta de la eterna felicidad en el más allá se transforma en la dicha terrestre de la mayoría. El cuidado del culto de la religión se disuelve a favor del entusiasmo por la creación de una cultura o por la extensión de una civilización. Lo creador, antes lo propio del dios bíblico, se convierte en distintivo del quehacer humano" (*Ibid.*, p. 199/200). Lo que Heidegger dice a continuación por el momento lo retengo. Pero ha dicho bastante. Estas formas de secularización de lo absoluto no han eliminado su ámbito. El Progreso, la Civilización son puestos como valores supremos, que se realizan en la Historia pero, en tanto valores, están por encima deella, guiándola. En la "dicha terrestre de la mayoría" no debemos ver sólo las promesas socialistas, sino muy especialmente las del positivismo, las del culto por la ciencia. Las promesas de eso que Heidegger llama el tecnocapitalismo. Las promesas de la dicha no se ponen en el "más allá" sino en el "más acá", pero, al hacerlo, la técnica se asume como un nuevo dios, como un nuevo absoluto vinculante, como una creación que no cesa en sus ambiciones de emular las del viejo y caído dios bíblico. Y, ahora sí, la frase de Heidegger que reteníamos: "Este crear se acaba mutando en negocio" (*Ibid.*, p. 200).

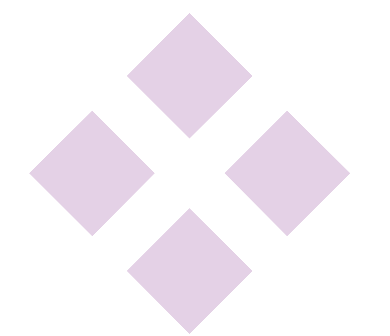
He aquí, pues, el nihilismo incompleto: reemplazar a los antiguos dioses por nuevos dioses que se instalan en el ámbito de los antiguos en tanto dioses de lo absoluto, lo verdadero, lo bueno, lo vinculante de todo lo que existe. Si yo digo que el mundo moderno avanza en el sentido del Progreso y la Civilización es claro que he puesto ahí dos instancias suprasensibles que vinculan, orientándolo, el mundo de lo sensible. Pero todos estos valores (para el nihilismo radical, completo) perderán también su valor, serán nihilizados. "En una anotación del año 1887 (escribe Heidegger) Nietzsche plantea la pregunta (*Voluntad de poder*, afor. 2): '¿Qué significa el nihilismo'? Y contesta: *'Que los valores supremos han perdido su valor"* (*Ibid.*, p. 201). Han perdido su valor el mundo suprasensible, las ideas platónicas, la ley moral, la autoridad de la razón, el progreso, la felici-



dad de la mayoría, la cultura y la civilización. Bien, ¿qué queda entonces? Permitamos que sea Heidegger quien abunde en esto: "Podemos resumir el pensamiento de Nietzsche sobre el nihilismo incompleto de manera más clara y precisa diciendo: es verdad que el nihilismo incompleto sustituye los valores anteriores por otros, pero sigue poniéndolos en el antiguo lugar, que se mantiene libre a modo de ámbito ideal para lo suprasensible. Ahora bien, el nihilismo completo debe eliminar hasta el lugar de los valores, lo suprasensible en cuanto ámbito, y por lo tanto poner los valores de otra manera, transvalorarlos" (*Ibid.*, p. 204).

EL NIHILISMO COMPLETO

¿Qué es, entonces, el nihilismo completo? Al grano: es la transvaloración de los valores, los valores se ponen en otro lugar porque lo suprasensible se ha eliminado: *los valores se ponen en la vida*. Y la vida tiene dos rasgos fundamentales: *las condiciones de conservación y aumento*. La vida es instauradora de valores, pero lo esencial que la vida debe conservar, para instaurar todo posible valor, es la vida. ¿Cómo se conserva la vida? La vida se conserva aumentando la vida. "Lo vivo (escribe Heidegger) es por tanto una 'formación compleja de vida' constituida por la formación de ambos rasgos fundamentales, el aumento y la conservación" (*Ibid.*, p. 207). Y ahora reclamo toda la esmerada y obsesiva atención que puedan entregarle a la siguiente cita de Heidegger, porque es esencial. La cita es: "Conservación y aumento caracterizan los rasgos fundamentales de la vida, los cuales se pertenecen mutuamente dentro de sí. A la esencia de la vida le toca el querer crecer, el aumento. *Toda conservación de vida se encuentra al servicio del aumento de vida. Toda vida que se limita únicamente a la mera conservación es ya una decadencia. Por ejemplo, para un ser vivo asegurarse el espacio vital no es una meta, sino sólo un medio para el aumento de vida"* (*Ibid.*, p. 207. Las cursivas me pertenecen).



En suma, el ámbito en que Nietzsche pone los valores es la *vida*. El devenir es lo propio de la vida, *la vida deviene*. ¿Por qué deviene la vida? Porque la vida está tramada por la voluntad de poder. La voluntad de poder es la materia de la que la vida está hecha y la vida deviene porque la voluntad de poder quiere, siempre, ser más. "'El devenir' es, para Nietzsche, la 'voluntad de poder'", escribe Heidegger. "La 'voluntad de poder' es por tanto el rasgo fundamental de la 'vida' (...) Voluntad de poder, devenir, vida y ser en su sentido más amplio, significan en lenguaje de Nietzsche lo mismo" (*Ibid.*, p. 208).

Al elegir la *vida* como valor supremo y al decir que la vida es devenir y que la vida deviene porque la voluntad de poder, para conservarse, tiene que aumentar, Nietzsche, cree, está superando toda la historia de la metafísica occidental. Piensa a esa historia como historia del nihilismo. Porque esa historia ha sido la de la negación de los valores supremos por él instaurados. El mundo suprasensible, por decirlo de este modo, nihilizaba el mundo de la vida. Toda la filosofía occidental es metafísica porque toda ella se coloca en el ámbito de lo suprasensible, es decir, arriba, por sobre lo sensible o, si queremos apartar la imagen espacial del "arriba", digamos *más allá* de lo sensible: lo bueno, lo verdadero, lo bello, la conciencia, la razón, el progreso, la civilización, la historia, son todas formas de la metafísica en tanto han sido consideradas como absolutos, como primeros principios, como vinculantes esenciales de todo lo real. Así, esos absolutos han *nihilizado* al verdadero valor, han nihilizado a la vida. Nietzsche, por tanto, considera que la historia de la metafísica occidental es la historia del nihilismo. Él nihiliza ese nihilismo, destruyéndolo (*Dios ha muerto*), y transvalora los valores al ponerlos en la vida, en el devenir de la voluntad de poder. Su nihilismo es radical, completo. Su nihilismo (es decir: la eliminación del mundo suprasensible, metafísico) le permite abrirse a la vida y descubrir, en ella, la fuerza por la cual deviene incontenible: la voluntad de poder, cuyo devenir es así, incontenible, porque nunca se detiene, porque está tramado por las condiciones de *conservación* y *aumento*. Estas condiciones son poderosas: le permiten a toda formación de vida asegurarse el *espacio vital* que le permitirá, precisamente, vivir, ser. Sólo lo que crece podrá conservarse. Lo que meramente se conserve, morirá.

Heidegger, quien, ya lo dijimos, llevará su pensar hasta el punto en que podrá, por fin, decir que Nietzsche es un metafísico más, un metafísico que consuma la metafísica de la subjetividad con la metafísica de la voluntad de poder, dirá que toda la historia de la metafísica occidental es la historia del nihilismo, pues la metafísica occidental ha nihilizado al Ser, olvidándolo. Este *olvido del ser* será, para Heidegger, el nihilismo. ¿Y si dijéramos que, para nosotros, subfilósofos de la periferia, la metafísica de la voluntad de poder consuma la metafísica de la subjetividad porque, con Nietzsche, el sujeto capitalista le añade, completándose, la voluntad de poder a su subjetividad? ¿Y quién podría añadirle la voluntad de poder a la subjetividad del capital sino un filósofo alemán, país con desarrollo capitalista tardío, con unidad nacional en atraso y con esencial y urgente necesidad de expansión, de *espacio vital*?

LA VOLUNTAD DE LA VOLUNTAD

Sigamos reflexionando sobre la voluntad de poder. Si ella es lo mismo con la vida y con el devenir, si es cierto que vida, devenir, voluntad de poder y ser son "lo mismo" en Nietzsche, podemos acercarnos a cierta conclusión sobre *toda* su filosofía. Reside en destruir los valores ubicados en el mundo supra-

sensible y buscar los valores en la vida. Al ser la vida devenir encontramos que "eso" que deviene es la voluntad de poder. Esta voluntad al necesitar crecer para mantenerse, al no poder conservarse sino al precio de crecer, introduce el devenir en la vida. Pero lo primero que la voluntad tiene que querer es *su* querer. Recuerden aquí la interpretación del *deseo* en Hegel. El deseo, según interpretamos, era, ante todo, *deseo de su deseo*. Deseo del deseo. Para desear, el deseo debía desearse a sí mismo. ¿Por qué el deseo del hombre era distinto del deseo del animal? No sólo porque el animal desea cosas y no deseos, sino porque el deseo humano es humano porque es deseo de su deseo. Lo mismo con la voluntad nietzscheana. "La voluntad (señala Heidegger, y lo señala muy bien) no aspira en primer lugar a lo que quiere como algo que no tenga todavía. Lo que quiere la voluntad, ya lo tiene. Porque la voluntad quiere su querer. Su voluntad es eso querido por ella. La voluntad se quiere a sí misma" (*Ibid.*, p. 212). Ustedes podrán leer por ahí (si insisten en estudiar estas cuestiones nietzscheanas y desearía que no se resistieran a ello) que este tema de la "voluntad de la voluntad" es la "interpretación de Heidegger". En rigor, son tantas las cosas que se dicen sobre la voluntad de poder que uno, en algún momento, si no quiere ser sofocado por el vértigo interpretativo, deberá elegir una. Yo, confieso, no elijo la de Heidegger. Creo haberlo dicho ya: la de Heidegger es la más inspirada y la que más me sirve para explicar a Nietzsche, comprenderlo y, aquí va la confesión, utilizarlo para unas cuantas cosas que desearía sostener. Si Heidegger esgrime el concepto de "voluntad de la voluntad" es porque (y casi nadie, hasta donde yo sé, ha insistido en esto) lo toma del concepto hegeliano de "deseo del deseo". Pero no sin motivos. La "voluntad de la voluntad" está en Nietzsche. La voluntad de poder sabe que la esencia de su poder es *quererse*. Asegurarse a sí misma. "*Querer*, en general, es tanto como querer ser *más fuerte*, querer crecer..." (Nietzsche citado por Heidegger, *Ibid.*, p. 212). ¿Qué es ser más fuerte? *Ser más fuerte es tener más poder*. Unamos todo esto a los aristócratas de *La genealogía de la moral.* ¿Qué decía la aristocracia griega? *Nosotros, los veraces.* Los "veraces" son aquellos que ponen los valores donde hay que ponerlos, en la vida, que hacen de la vida el devenir de su voluntad, a la que quieren como lo primero que deben querer, su voluntad busca crecer, tarea en que las aristocracias guerreras de la historia se empeñan a fondo, tarea en la que son impiadosas, crueles y despiadadas, aves de rapiña que se ríen de los débiles, crecer es aumento del poder, este aumento está al servicio de su conservación, los guerreros saben que si se detienen en su furia guerrera es la derrota la que los aguarda, el decaímiento, la debilidad, la voluntad de poder del guerrero instaura los valores, los valores vitales, los valores de la fuerza, del crecimiento. Escribe (y bien) Heidegger: "El poder sólo es tal poder mientras siga siendo aumento de poder (...) *un simple detenerse en el aumento de poder, el mero hecho de quedarse parado en un grado determinado de poder es ya el comienzo de la disminución y decadencia del poder. La superación de sí mismo del poder forma parte de la esencia del poder*" (*Ibid.*, p. 212).

El poder, como la voluntad, se quiere a sí mismo. Sabe, porque forma parte de su *esencia*, que siempre tiene que ser más poder. El poder no reposa. Ningún poder es suficiente para el poder. El poder siempre quiere ser más poder. De aquí que se quiera a sí mismo y quiera ser lo que es: poder, algo que sólo puede serlo creciendo, creciendo en lo que es, creciendo en lo que su esencia es: *ser más poder*. El poder, en la medida en que se traspasa a sí mismo, se apodera de su esencia, la esencia del poder es el crecimiento del poder. Voluntad y poder se requieren mutuamente. La voluntad se quiere como voluntad. El poder se quiere como poder. Y el poder, que es voluntad dentro de la voluntad, se pone al servicio de la voluntad. "La voluntad de poder es la esencia del poder" (*Ibid.*, p. 213).

Volvamos a la voluntad de voluntad, a la voluntad que, principalmente, antes que nada, se quiere a sí misma. ¿Cómo *se quiere* la voluntad? La voluntad se quiere afirmando una y otra vez este querer. Este quererse de la voluntad es un retorno incesante de la voluntad sobre sí misma. Este retorno de la voluntad sobre sí misma, al ser, como dijimos, *incesante*, es el "eterno retorno de lo mismo". He aquí nuestra interpretación, siguiendo a Heidegger un poco y otro poco exagerando, del *eterno retorno de lo mismo*. La voluntad se hace voluntad de poder al quererse a sí misma. La voluntad de poder tiene que crecer para conservarse. Si tiene que crecer sin cesar tiene que quererse incesantemente. Si tiene que quererse así tiene que retornar a ese querer sin dejar de retornar jamás. Ergo: el eterno retorno es el eterno retorno de la voluntad de poder sobre sí misma.

Aclaremos algo: no faltará quien les diga que esta interpretación ha unido con exceso las figuras de Nietzsche y Heidegger para demostrar que Nietzsche es un precursor del nacionalsocialismo. Que si Heidegger se basa en *La voluntad de poder*, ese libro maléfico de Nietzsche armado por su diabólica hermana Elisabeth Förster Nietzsche, es por su propia temporada en el infierno. Dirá que he exagerado los rasgos expansivos de la voluntad de poder para fundamentar una interpretación de Nietzsche como filósofo de la voluntad de poder alemana. Bueno, dirá muchas cosas más. Hay todo tipo de interpretaciones (lo dije) sobre la voluntad de poder y el eterno retorno. Lo único en que reconozco quedar en deuda con ustedes es en el tema de la voluntad de poder como arte. Habría deseado hacer un estudio de lo dionisíaco en Nietzsche. Un estudio sobre su primer libro, *El origen de la tragedia*. Pero lo dionisíaco no está ausente (*en absoluto*) de nuestros análisis. Dioniso es el dios de la vida. Lo dionisíaco es lo propio de quienes se entregan al festejo de la vida y llevan esa adoración hasta el exceso. Todos los personajes que hemos visto admirar a Nietzsche son personajes dionisíacos: las aves de rapiña, las aristocracias guerreras, la bestia rubia que desdeña la inteligencia y hasta se vuelve magnífica porque carece de ella, o escasamente la cultiva. Nietzsche podrá ser aforístico y a-sistemático pero su filosofía tiene núcleos duros. La voluntad nietzscheana es dionisíaca. Su creación de valores en el ámbito de la vida como devenir es dionisíaco. Su desdén por lo suprasensible es dionisíaco. Su concepción del poder como crecimiento continuo para no morir es dionisíaca. ¿No es dionisíaco el crecimiento de vida y de voluntad y de poder y de voluntad de poder? La filosofía de Nietzsche, toda ella, en tanto arrebato guerrero por abjurar de los valores suprasensibles, por condenarlos, por renegar de ese ámbito, por afirmar que ese "lugar" es el lugar del nihilismo, porque desde "ese" lugar se niega la vida, es la exaltación y la postulación beligerante de lo dionisíaco. Aquí, entonces, tienen ustedes el lugar de lo dionisíaco en nuestras aproximaciones al genio loco de Turín. Dionisismo y Voluntad de Poder traman, sin posible discusión, la filosofía de Nietzsche.

EL SUPERHOMBRE

Ya hemos visto (creo que con bastante exhaustividad) el trazado que hace Nietzsche del *hombre gregario*. Entre esta figura gris, burguesa, que destila mediocridad y que no tiñe sus manos con sangre de enemigos ni de animales salvajes, sino con tinta de periódicos, ubicará Nietzsche una de sus más genuinas creaciones: el *superhombre* (*Übermensch*). Este hombre es el que *no* se integra en el concepto de *humanidad*. La *humanidad* está habitada por los hombres gregarios, pequeños, gozosamente sometidos a la protectora ley del Estado, que los protege de muchas cosas pero, sobre todo, de sí mismos, de su propia locura, de su embriaguez, de su dionisismo oprimido, ya que ese hombre le teme tanto al hombre que él *podría* ser si se animara a escalar las cumbres, que aceptará toda autoridad que sofoque su extravío, su danza indómita, libre. ¡Ah, cuánto teme este hombre al ave de rapiña que lleva en sí! Ha creado un universo de valores para sofocarla. El cristianismo, las virtudes ascéticas, el igualitarismo, el gregarismo, y, por fin, esa obra cumbre de la domesticación: el Estado. Pero aquí está Nietzsche para incomodarlo. ¿Qué es eso de la *humanidad*? Todo es *demasiado humano* y asquea. La Humanidad, si algún sentido ha de tener, es fijar tenazmente su objetivo en el superhombre. "El objetivo (recordemos) no es la Humanidad, es el superhombre" (*La voluntad de poder*, ed. cit., p. 622, Fragmento 994). Y será Zaratustra quien habrá de ahondar en el concepto, quien habrá de tornarlo rico, henchido de significantes: *"El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre: una cuerda tendida sobre el abismo"* (*Así hablaba Zaratustra*, Edaf, Madrid, 1985). Y, no en el *Zaratustra*, sino en los *Fragmentos póstumos*, cuya seriedad ante el supuesto "mamarracho" de la pérfida hermana nadie duda, dice Nietzsche: "El hombre superado mismo fue el padre del superhombre. Enseño yo, y no me cansaré de hacerlo: el hombre es algo que tiene que ser superado: pues, atiéndase, *yo sé* que *puede* ser superado: lo vi a él, al superhombre" (*Fragmentos póstumos*, Abada editores, Madrid, 2004, p. 106). ¿Dónde habrá visto Nietzsche al superhombre? Lo vio en él. En lo que él desea ser, pese al sufrimiento, pese a la enfermedad. ¿Qué es el superhombre? El superhombre está en un extremo de la cuerda. Al otro extremo de esa cuerda, en el origen, está el animal. Y en el medio está... el hombre. Un hegeliano con malas intenciones diría que aquí hay una formulación dialéctica, una teleología, en la cual el animal es la tesis, el hombre es la antítesis y el superhombre la síntesis. Falso de toda falsedad. El superhombre no es un resultado, no *continúa* al hombre. El superhombre es un salto, un quiebre, una ruptura. Es el salto que el hombre debe dar. Es un salto sin red, de aquí que, bajo él, esté el abismo. Quien no salte con la furia y la potencia necesarias caerá al abismo, no habrá merecido acceder a la condición de superhombre. El superhombre es "el sentido de la tierra". El superhombre es el que encarna la voluntad de poder, y, en cuanto tal, encarna la vida y el devenir. Ha habido superhombres en la historia y hemos visto a Nietzsche diciéndonos quiénes eran. Yo diría que el superhombre es, en lo esencial, un guerrero de la vida. Al serlo, es un guerrero del devenir. Al serlo, es quien posee en grado incontenible la voluntad de la voluntad, la voluntad que se quiere a sí misma, la voluntad de poder, la voluntad de crear los valores. De aquí que Pierre Klossowski acierta en definir al superhombre como una creación constante de fuerzas pulsionales que frenarían a las fuerzas reactivas. Pero aquí lo que se subraya es el mecanismo de la voluntad de poder. El superhombre, que la encarna, tiene que crecer para conservarse; sus pulsiones lo hacen crecer, las *fuerzas reactivas* lo harían meramente conservarse y lo llevarían a morir, o a entregarse a la décadence, a ser un décadent más. El superhombre, en tanto voluntad de poder, es la fuerza de la vida en la conquista de su espacio, el espacio vital. Este espacio siempre debe crecer, siempre debe ser *más*, dado que si la pulsión de la voluntad se detiene, las fuerzas reactivas acabarían con ella. La vida de la voluntad de poder no es vida biológica. Nada tiene que ver la voluntad nietzscheana con cualquier forma de evolucionismo biologista. La vida de la voluntad de poder es fuerza, fuerza pulsional creadora de valores.

Es todo por hoy.

el próximo domingo
CLASE Nº 18
NIETZSCHE
Y EL SOCIALISMO